

1850 se veían aprestos de viaje de ningún género; continuaban, sí, los ejercicios militares y todo el aparato bélico que arriba referimos, especialmente en la Universidad, donde la desenfrenada chusma de jóvenes corrompidos hacían gala de turbar el reposo de sus vecinos harto fatigados con las tristes impresiones sufridas durante el día. (*)

11.—La
marcha.

11)—Varios caballeros de mayor intimidad acompañaron á los PP. hasta las ocho de la noche del día 23, y á esta hora se despidieron para volver al siguiente día, pues parecía permitirlo así la prórroga que de hecho se estaba experimentando, aunque oficialmente nada se había publicado. Mas al sonar á las nueve de la noche la campana de comunidad que tocaba, según costumbre, á descansar, el P. Visitador reunió toda la Comunidad, y después de una breve exhortación á la paciencia y resignación en la voluntad de Dios, manifestó lo que había convenido con el Gobernador Franco, es decir, que á las dos de la mañana tendrían que salir con el mayor silencio, para no ser sentidos de nadie, y evitar así toda ocasión de desorden que pudiera originarse del sentimiento y lágrimas de aquel pueblo que tanto les amaba. Todos oyeron sin sorpresa aquellas palabras, como cosa que se esperaba de un momento á otro y ocuparon la noche parte en los últimos arreglos, y parte en tomar algún ligero descanso. Poco después de la una presentóse el Gobernador Franco acompañado de los Señores Carlos Borda y Juan M. Arrubla, que por insinuación del P. Gil debían acompañarles en aquella

(*) En la noche del 22 al 23, según refiere Borda, dos estudiantes lograron forzar los barrotes de una ventana, y penetrar en el dormitorio de los alumnos; mas al encontrarse cara á cara con el P. Inspector que vigilaba á los niños, profundamente sorprendidos, dijeron: «Perdone usted, Padre, somos mandados á inspeccionar los aprestos de defensa ó de viaje que aquí se hacen». Califiquen nuestros lectores el hecho, como lo merezca.

primera y más peligrosa jornada: y no será fuera 1850 de propósito decir aquí la causa por qué el prudente Superior, que había suplicado que les desembarazasen de toda gente de armas, quería sin embargo dos ó tres personas respetables por compañeros. Era que personas fidedignas le habían avisado de antemano la decisión en que estaban sus enemigos de asesinar á los Jesuitas en caso de que el pueblo tratara de hacer oposición á los ejecutores del decreto de expulsión: quería, pues, no defensores, sino testigos de su conducta. Publicó esta especie «La Civilización» en su número 623, y no sabemos que haya sido desmentida (*). A las dos de la mañana el Gobernador dió orden de partir, y fué inmediatamente obedecido, caminando todos en profundo silencio, que por fin en las últimas calles fué interrumpido por los lamentos de muchas personas que entreabrían medrosamente las ventanas como deseosas de dar el último adiós á los desterrados, y á las cuales Franco en vano trataba de acallar con groseras y amenazadoras palabras. Todas las calles que hubieron de recorrer hasta las afueras de la ciudad estaban resguardadas por pequeños grupos de demócratas armados, apostados aquí y allí como si se temiera una fuga, ó que los PP. fuesen arrebatados por sus amigos. En el sitio llamado la Alameda les aguardaban las cabalgaduras poco cómodas ciertamente para quien tiene poca costumbre de caminar á caballo, pues las habían tomado de un regimiento de caballería, y hacia las tres de la mañana se continuó la marcha con alguna celeridad, pues el temor obligaba á Franco á procurar alejarse de la Capital, donde el decidido amor á la Compañía por un lado, y la indignación que á todos causaba la conducta ilegal y tiránica del Gobierno liberal por otro, les hacía estar ya casi oyendo el estallido de una

(*) Borda T. II, pág. 243.

1850 revolución, en la cual nadie había pensado por entonces. Después de una ligera detención para tomar algún alimento, prosiguieron la marcha un poco más despacio, con lo cual se dió lugar á que les alcanzasen algunos caballeros de Bogotá, que, al encontrarse por la mañana sin los Padres, se dieron prisa á seguirles y darles el último adios. Esto y las demostraciones de dolor que daban las gentes de los pueblos de la sabana en cuyo cultivo habían podido trabajar más, por estar cercanas á la capital, traía á Franco desazonado é intranquilo, pero su enojo creció cuando llegados á Facatativá, término de aquella primera jornada, comenzó á aumentarse el concurso de toda clase de personas, no sólo de la población, sino también de Bogotá y pueblos circunvecinos, y á renovarse á cada momento escenas tristísimas de lágrimas y lamentos, lo cual era una reprobación bien pública y manifiesta de aquella medida inicua que estaba ejecutando el Gobierno. No tuvo ya paciencia el cuitado Gobernador y en tono amenazante dijo á los PP. que tomaría medidas represivas, si continuaban abusando de su bondad, cometiendo la imprudencia de permitir la entrada á tanta gente: á lo que respondió modestamente el P. Gil: «V. puede hacer lo que le parezca, pero nosotros no impediremos que entren á despedirse nuestros buenos amigos».

Pero digamos antes de proseguir á los desterrados en su penoso viaje, lo que pasaba entre tanto en la capital. Habían quedado en el Colegio para partir al siguiente día, el P. Barragan, único sacerdote granadino con un H. Coadjutor y los seis jóvenes que, como se dijo arriba, habían venido el año anterior del Noviciado de Popayan. Llegaron los Profesores que desde aquel día debían hacerse cargo de las clases del Seminario, y á las puertas encontraron muchedumbre de mujeres que lloraban á gritos: entran en el Colegio, no ven más que lágrimas y duelo en los alumnos. No

1850 se sabía aún por la ciudad la salida de los PP., nadie se la imaginaba; porque aún no se había terminado la prórroga, ni se había dado respuesta al memorial presentado por los PP. al Gobierno. A las ocho de la mañana la noticia se había divulgado y el llanto era universal. «No eran sólo unas pocas mujeres las que lloraban, dice un testigo de aquellas escenas, eran los ungidos del Señor, las primeras y más respetables dignidades de la Iglesia Granadina: eran los beneméritos soldados de la independencia, los bravos generales que no temblaron nunca delante del enemigo: eran los antiguos é ilustres magistrados de la patria, y los ministros diplomáticos, y los hombres respetables, y las matronas virtuosas, y las jóvenes honestas, los artesanos, las mujeres pobres, y los niños del Colegio y de la escuela que los Jesuitas dirigían. Sí, todos lloraban del mismo modo, como se llora por un amigo perseguido, por un hermano desterrado, por un padre muerto... y sólo los bárbaros perseguidores de la virtud y la inocencia, sólo los enemigos de los sacerdotes de la Compañía de Jesús, hubieran podido con ojos enjutos ocuparse de las lágrimas ajenas para acriminarlas y para calumniarlas, porque ellas eran una acusación muda, pero expresiva y elocuente de tan bárbara y tenaz persecución». Y á la verdad las nunca vistas demostraciones de dolor de toda la población, que llegaron al extremo de causar accidentes graves y hasta la muerte, no precisamente á Señoras ó jóvenes delicadas, sino á caballeros de grande alma, como D. Joaquín Borda y más tarde al Dr. D. Rufino Cuervo, estaban contrarrestadas con los sarcasmos de los liberales, que embriagados con su lamentable triunfo, se mofaban vilmente de sus víctimas y de los que por ellos lloraban, no sólo en sus periódicos ó de palabra, sino que con bárbaro furor arrancaron el monograma del nombre de Jesus, que adornaba la puerta principal del Colegio

1850 de San Bartolomé y se ensañaron en los retratos de los señores Doctores Mariano Ospina y Rufino Cuervo que como de distinguidos sabios se conservaban en el salón de actos, para honor de aquel establecimiento, y aun por un rasgo de salvajismo apedrearon las ventanas de alguno que otro diputado que en las cámaras se habían señalado por sus vigorosos discursos en defensa de la Compañía, por ejemplo, el Doctor José M. Malo.

Amargo fué ciertamente el día 24 en Bogotá para el P. Francisco Barragan y demás Granadinos, quienes despreciando noblemente la excepción que de ellos hacía el decreto, sólo se habían quedado para el completo arreglo del Colegio, y el 25 partieron á toda prisa, creyendo alcanzar muy pronto á los PP.; mas no fué así, porque sus conductores les llevaban casi á marchas forzadas. El Gobernador Franco siguió con sus custodiados hasta alguna distancia más allá de Facatativá, y encomendándoles á la custodia del Gobernador de este pueblo, se despidió del P. Gil dándole las gracias porque, merced á su prudencia, se había conservado el orden público. Llegaron aquella tarde á Villeta, donde fueron alojados en la escuela pública, que era un mal salón lleno de bancos y desprovisto de todo ajuar, y sin embargo, pretendieron quedarse allí el día siguiente por ser Domingo, para tomar algún descanso, y por esperar á los que debían llegar de Bogotá; pero fué inútil su pretensión, pues si los Padres alegaban la libertad que Franco les había dado para descansar en uno de los pueblos del tránsito, Correa y Góngora sus nuevos guardas alegaban órdenes secretas recibidas del mismo para apresurar lo más posible la marcha. Hubo que obedecer y continuar aquel día hasta hacer noche en Guaduas, mejor hospedados y muy obsequiados por las personas amigas y especialmente por el Sr. Párroco y el Dr. Medina su Coadjutor, sacerdote amantísimo de la Compañía. Tampoco

1850 aquí se les permitió quedarse ni un sólo día, sin que valieran las súplicas de los PP. ni las protestas de los caballeros que los acompañaban, ni aun el ver con sus propios ojos que la delicada salud del P. Amoros, del Padre Gomila y otros se hallaba muy resentida á causa de la violencia y sufrimientos de aquel viaje; pero qué sentimientos de humanidad pueden haber en hombres de fe extraviada y absolutamente desposeídos de la caridad cristiana? Aquellos dos dignos emisarios de Franco pusieron el colmo á su dureza dejando á los desterrados á orillas del Magdalena y llevando consigo cuantas barcas había, atravesaron el río y marcharon á Honda, sin que se les volviese á ver más. Pasaron, pues, aquella noche los PP. y los fieles amigos que les acompañaban recogidos en casuchas de pescadores, sin ninguna clase de provisiones por haberse retrasado las cargas, y era de verse la alegría que en todos reinaba en medio de tantos trabajos y privaciones. A la mañana siguiente se presenta el alcalde de Honda á intimar la orden de seguir el camino á la Bodega, que así llaman el sitio donde se embarcan y desembarcan las mercaderías que van ó vienen del interior y queda á la orilla derecha del río. El intento era no dejar que los Jesuitas se presentaran en la ciudad; qué temerían? Lo único que podían temer era que fuesen también allí como lo habían sido en todas partes, objeto de expresivas manifestaciones de amor y de dolor, lo cual venía á ser una reprobación implícita de la conducta del Gobierno, arbitraria y hostil á la Iglesia y á los sentimientos católicos de la nación. Aquí no hubo ya más paciencia de parte de los caballeros que acompañaban á los PP.: avergonzados como venían de las vejaciones que habían sufrido en Guaduas y en Villeta, se negaron abiertamente á obedecer aquella orden inficua. El Alcalde no poco sonrojado se volvió á dar cuenta al Jefe Político, y este permitió que pasasen á la ciudad algunos de aquellos Señores á entenderse

1850 con el Gobernador. Fueron inmediatamente el Presbítero Medina, D. Lino Peña y D. Estanislao Fonseca, á quienes acompañó el H. José T. Paúl, único escolar granadino que había llegado la noche antes. El Gobernador se negó á oírles y sólo pudieron conseguir licencia para aguardar á los jóvenes granadinos y para que pasase alguno á comprar provisiones. Reunidos todos los expulsos, el Jefe Político en persona intimó la orden de continuar el camino so pena de ser llevados por la fuerza.

Sería largo y fastidioso referir todos los incidentes que por el estilo de los anteriores tuvieron aún lugar para poder conseguir una embarcación si no cómoda, suficiente á lo menos para los 24 Jesuitas que tenían que bajar el Magdalena casi hasta su desembocadura: lo que pudo conseguirse se debió todo á la influencia y energía de los excelentes Bogotanos (*) que quisieron acompañar á los PP. y constituirse sus defensores contra las vejaciones de los empleados del Gobierno, sin temor de la odiosidad que había de cargar sobre ellos de parte de los liberales. Nueve días duró la navegación de los cuales el primero y los dos últimos, por tener que usar de Champanes, fué un tanto incómoda, mas no los intermedios por la comodidad y ligereza de los vaporcitos, que por aquellos años habían ya comenzado á prestar tan importantes servicios á los que navegan por el Magdalena. Con la llegada á Santa Marta el 8 de Junio podemos decir que terminó la

(*) La gratitud nos exige que dejemos consignados en esta Historia á lo menos los nombres de tan fieles amigos. Fuera de los señores Arrubla, Borda y varios otros que se despidieron al principio de la segunda jornada, acompañaron á los PP. hasta dejarlos embarcados, los señores D. Lino Peña, D. Estanislao Fonseca, D. José M. Latorre, el Presbítero Medina, Agudelo, Alvarez, Lozano, Romero y Copete, todos los cuales, dice una carta del H.° Coadjutor Tomás Araujo, de la cual sabemos todos los pormenores de este viaje, «nos sirvieron caritativamente en todo cuanto pudieron».

persecución oficial: fueron decentemente hospedados en el Seminario, visitados y obsequiados por las personas más caracterizadas así del orden eclesiástico como del civil, y durante los 14 días que allí permanecieron esperando embarcación gozaron de la paz y quietud propias de una casa religiosa, hasta poder hacer el tríduo y la renovación de votos acostumbrada, el día de San Luis Gonzaga.

12)—Esta misma fecha lleva el documento importantísimo que vamos ahora á copiar, y es la protesta que el P. Gil, á nombre de todos los Jesuitas expulsados de la Nueva Granada, dirigió al Gobierno. Muchas y muy graves eran las calumnias que los liberales acriminaron á la Compañía en aquellos días especialmente en que se trabajaba por arrancar el decreto de expulsión; mas no son estas contra las que la protesta se dirige, sino más bien contra el contenido del decreto y la proclama que á él precede, con lo cual vanamente se esforzaban en paliar su arbitrariedad é injusticia. Dice así:

Ciudadano Presidente: Los Jesuitas, obedeciendo al decreto de 18 de Mayo de este año, en que se les expulsa de la República de la Nueva Granada, han llegado á este puerto de Santa Marta, donde deben embarcarse. Pero antes de verificarlo, volviendo en sí de la sorpresa que les ha causado semejante medida y el modo como se ha llevado á cabo á pesar de su inocencia y de los votos de la inmensa mayoría de los Granadinos, manifestados en tantas representaciones, no pueden menos de protestar contra un acto tan arbitrario y ofensivo. El Gobierno de la Nueva Granada que les llamó, conocía las leyes del país y no podía ignorar la pretendida vigencia de la pragmática sanción de Carlos III; y sin embargo, no creyó tal vigencia, pues estaba en contradicción con las leyes actuales de la República, como las de los moros y judíos. La ley 16, parte 2.^a, T. 4.^o R. G. fué discutida

12.—Pro-
testa del
P.
Visitador.